Elogio del héroe

El autor de 'En brazos de la mujer madura' pasa de la ternura al valor

PEDRO SORELA

De las imágenes de los guardias que entraron vociferando y disparando en un Parlamento, un húngaro residente en Canadá retuvo el hecho de que tres hombres no se arrojaran al suelo, y unos años más tarde incluyó la historia en una novela, pues ése es el tipo de acciones individuales que le permiten confiar en la naturaleza humana. "Vivimos demasiados ejemplos de mezquindad como para pasar por alto estos hechos", comenta Stephen Vizinczey, autor de *En brazos de la mujer madura* y de la recién traducida al castellano *Un millonario inocente*, una novela en la que pudo trabajar durante 14 años gracias a la inaudita generosidad de un extraño banquero que invirtió en él 350.000 dólares, sin intereses, para que pudiera terminarla.

"En mi novela aparecen muchos villanos, y pretendo que la gente los identifique con los responsables del infierno de la sociedad moderna, pero precisamente por eso es casi más importante identificar a los personajes que demuestran que es posible la decencia y el coraje".

Alguien ha dicho que Vizinczey es tímido y reservado, pero no lo es. En realidad detesta que le entrevisten, aunque luego se le olvide y sea él quien se alargue en una conversación en la que demuestra, según otro comentario, "esa peculiar profundidad de los centroeuropeos". Es más viejo que las fotos de sus libros, y de ahí que también deteste que le fotografíen. Tiene los ojos desiguales y encapotados y la risa fácil, y habla inglés con un acento gutural fortísimo. Sin embargo, los críticos anglosajones dicen que lo escribe como muy pocos. No fue siempre así. La dificultad de escribir en inglés, para alguien que se había negado a aprender otros idiomas pues temía *contaminarse* como escritor, le hizo afilar su nueva herramienta hasta darle la vuelta. Un poco lo mismo que ya había hecho otro húngaro, George Mikes, con su innumerables veces publicado *How to be an alien* (Cómo se un extranjero). Vicinczey tardó varios años en sentirse de nuevo seguro, un tiempo que hoy añora.

Húngaro fugitivo

Como saben quienes hayan leído *En brazos de la mujer madura*, un libro que ha vendido 100.000 ejemplares en Hungría desde que fue autorizado hace un año, Vicinczey, reconocible pero no idéntico al protagonista, tuvo que huir de su país tras la revuelta de 1956 —él la llama *la revolución*—, que terminó con la primera oleada de tanques rusos. Luego vendrían Praga, Varsovia (sin tanques) y Kabul, y también la plaza de Tiananmen.

Habla del comunismo con auténtica dureza, aunque sin pasión. Sobre la revolución de los estudiantes en China, comenta: "No ha habido una sociedad en la historia que haya sido tan opuesta a la naturaleza humana como la comunista. Al margen de lo que ocurra en China, estoy convencido de que el comunismo no sobrevivirá más de un siglo". "Quizá su opinion esté determinada por su experiencia personal de exiliado". "Eso espero", responde.

Cuando su huida de Hungría, Vizinczey vivió la experiencia iniciática de *no* ser traicionado por varias personas que pudieron haberlo hecho y le guardaron lealtad: eran tiempos heroicos, aún vivía Stalin y la gente se jugaba el tipo por contar un chiste, y a pesar de todo lo contaba. "Creo que es muy difícil tener esperanza sobre el mundo. Hay demasiada gente estúpida. Pero es bastante fácil creer en los individuos, pues hay muchos tipos fantásticos. Como Mozart. En Hungría en 1956 comprendí que existen cosas más importantes que la vida, y que valía la pena morir por ellas. Escribir, por ejemplo. Escribir lo que uno desea". "¿Aún lo cree?". "Sí, pero prefiero no hablar de ello. Suena *noble* y pretencioso".

El escritor húngaro Stephen Vizinczey. LEO LÓPEZ

Los libros de Vizinczey están escritos con esa difícil suave ironía que ni siquiera se sabe si lo es. *En brazos de la mujer madura*, un éxito internacional cuyo verdadero título debiera ser *Elogio de la...*, cuenta las historias de un adolescente con mujeres treintañeras que le ofrecen su experiencia y su ternura para hacerle entrar en la edad adulta de la forma más sabia, más suave.

Un millonario inocente cuenta la vida de un joven sentenciado a buscar un tesoro desde que 150 años antes el general San Martín —otro héroe, un general que renunció al poder y se retiró a estudiar— cercó Lima en la guerra de liberación americana y puso en fuga a los españoles, que huyeron en bajeles sobrecargados de oro. Muchos han dicho que su novela ataca el capitalismo de frente, y aunque él niega esta definición que pretende etiquetar un trabajo de 14 años, reescrito cuatro veces después de impreso, reconoce que algunos personajes vienen de cuando tuvo que participar en un juicio contra un editor neoyorquino que le había robado. De los abogados, "personajes realmente perversos", guarda un recuerdo casi cariñoso, pues "me ayudaron a comprender algunas cosas de la naturaleza humana".

El arte es fácil

Enamorado de Italia, Francia y España, Vizinczey conoce bien el Sur, adonde viaja siempre que puede para recorrer sus ciudades —*Un millonario inocente* comienza con una vista de Toledo— e inspirarse en sus museos. La contemplación de la *facilidad* del gran arte le conmueve y le inspira.

Ésa es otra clave de sus libros, la *facilidad*, y la razón de que esté convencido de ser saboteado por la *intelligentzia*. "Detesto a Kundera", dice con gran naturalidad. "Detesto su pedantería, ese tipo de literatura que algunos estudiantes leen y dicen: '¡Aaah! ¡Esto es Cultura!'. Mas Stendhal no se lee así, ni Tolstoi. No se necesita un título universitario para entenderles. Ellos simplemente hacen vivir los personajes. El gran arte parece muy fácil".

A Vizinczey no le gusta que lo entrevisten, y ansía el punto de fama que le permita prescindir de los periodistas, por más que al término de la charla se muestre amigable, como buen eslavo que es. "El propósito de la literatura debiera ser el de ayudar a comprender mejor la vida. La *información* sobre los escritores, o sobre los políticos, hace creer a la gente que sabe algo de literatura o de política. No lo sabe, pero es más fácil creer eso que leer el libro".